

MARTES Y TRECE

“En martes - dice un refrán - no te cases ni embarques”. ¿Solamente en tal día? ¿Y por qué no en jueves? ¿A qué se debe la mala fama unida al día posterior al lunes o anterior al miércoles? ¿Se trata de una mera elección casual de la fecha? ¿O acaso de una predicción astrológica? Ciertamente existe una razón poética para lograr la rima asonante que enlaza la jornada del *martes* con las formas verbales del presente de *casar* o *embarcar*. Viernes, lunes o sábado, por ejemplo, no dan juego fonético. Pero esta explicación métrica solamente descarta los restantes días de la semana sin aclarar para nada el fondo de la cuestión. ¿Y cuál es entonces el motivo profundo que aconseja a los hombres no aventurarse, martes o jueves, en ninguna travesía marítima o conyugal? He ahí la cuestión en la que nos vamos a aventurar en la homilía laica de este domingo.

Bajo el dicho popular citado - “en martes, no te cases...”- subyace la creencia antigua de que existen en el calendario ciertos días *nefastos* opuestos, lógicamente, a otros días *propicios*. Si en tal día la ciudad sufrió un terremoto, si hubo una inundación o una derrota militar, aquella jornada triste y aciaga será considerada siempre luctuosa y también será ilícito celebrar asambleas, mercado, juicios, casamientos, fiestas o cualquier otra manifestación bullanguera de alegría popular. ¿Es quizás un mero recordatorio piadoso de un hecho desgraciado? ¿O acaso la sospecha de que la vida humana se rige por unos ciclos igual que los astros atraviesan siempre por un mismo lugar en intervalos regulares? ¿No hay quienes juegan siempre un mismo número de lotería o evitan alojarse en una habitación de hotel con cierto guarismo?

Los griegos, padres del racionalismo, son también los abuelos del mito. En su obra *Las aves* cuenta Aristófanes que los atenienses, henchidos de superstición, consultaban los auspicios para determinar mediante el vuelo de los

pájaros si los novios debían contraer o aplazar un tiempo las nupcias. Actualmente los meteorólogos al servicio de palacio establecen con ciertos métodos estadísticos la probabilidad de que llueva o haga sol en una fecha dada, aunque la lluviosa boda real del príncipe de Asturias y la bella plebeya asturiana haya mermado realmente mucho la credibilidad en la exactitud de tales pronósticos. En cualquier caso, si acudimos al refranero, "*boda lluviosa trae novia dichosa*". O dicho de otro modo: "*novia mojada, esposa encantada*". El amor es una forma de guerra entre los sexos y la otra guerra, la que vierte sangre, requiere igualmente la intervención de los augures, por mal nombre agoreros. Sin la aprobación de los adivinos (a veces se esperaban semanas con las espadas en alto o envainadas) los soldados no osan arrojar al campo de batalla para romperle la crisma y el crismón al enemigo de otra raza o religión. Y también nos refiere Plutarco cómo unos marinos griegos se negaban a salir del puerto hacia alta mar basándose en el mal augurio de un eclipse de luna. El general de la expedición militar, discípulo de un filósofo jonio, arrojó entonces un manto sobre la cabeza de un marinero tembloroso diciendo en voz alta: "*¡Qué! Solamente esto ha pasado: un astro se pone delante de otro como esta manta tapa los ojos*". Del mito al método lógico de la ciencia.

Desde tiempos antiguos los hombres han creído que los astros del cielo determinan los pormenores de su vida cotidiana. De allí arrancan unas lanzas de fuego que achicharran al pastor infiel que no sacrifica las vacas, los bueyes y las ovejas sanas al Señor de la montaña. Expresiones como "*enhorabuena*", o bien el verso cidiano "*el que en buena hora nació*", reflejan como una vieja cicatriz en la lengua romance la creencia popular que liga con alianza santa la biografía de los hombres con la astrología celeste. A fines del siglo X Abu Hasan, cierto general musulmán, contempló un cuervo (¿no se recuerda aquí la corneja a la salida de Vivar o a la entrada en Burgos?) en el momento mismo en que fundaba en Egipto una ciudad nueva a la que pretendía llamar con el nombre de *Mansuriyya*, "la victoriosa". Pero ese signo de buen augurio durante la sagrada ceremonia de fundación sucede precisamente a la hora exacta que corresponde al

ascendente del planeta Marte. Abu Hasan, aficionado a la astrología, cambia entonces el nombre de la ciudad y la llama Al-Qahira, nombre del planeta Marte. O sea: El Cairo, “la vencedora” en lengua árabe. Pues el divino Marte es el planeta de la guerra como sugiere su color rojo, ese bermellón que nos recuerda a la sangre y al mineral ferruginoso del que se obtiene ese hierro de las espadas que derraman la sangre de los vencidos en la guerra.

Y ahora ya podemos comprender la conseja de no casarse ni embarcarse en los martes, el día en que se festeja a Marte. La advertencia podría traducirse del siguiente modo: *“en guerra, nadie se menea”*. Cuando los salvajes salen del fondo de la caverna, los hombres civilizados deben esconderse en las madrigueras. ¿Acaso no es el refugio de la tierra como el útero de nuestra madre? Durante los conflictos armados, como una guerra civil, la primera víctima es la verdad, transformada en propaganda de la causa propia. Pero aquí debemos ya usar otro refrán para aludir al silencio de quien no se encuentra con los justamente vencidos ni con los injustos vencedores: *“en boca callada no entran moscas”*.